

La azarosa vida en B. Aires

BUENOS AIRES, 25 (UPI). "¿Liquidaron a alguien, che?", es la pregunta casi inocente de todo recién llegado a la mesa de sus amigos en cualquier café de Buenos Aires. Apenas despejada la curiosidad, la conversación retoma los pacíficos carriles del fútbol, los negocios o los últimos rumores políticos.

Es que la convivencia de los argentinos con bombas, atentados, secuestros y asesinatos, que han cobrado casi 300 vidas en los últimos diez meses, ha convertido a la muerte en un convalidado de piedra a quien los argentinos aceptan con es-

toica resignación.

"La gente solo perdió el buen humor cuando había veda de carne vacuna y no podíamos servir bistés ciertos días del mes", recordó en el restaurante "El Tropezón", Jesús Alvarez, con la sabiduría de 30 años atendiendo el apetito de políticos, artistas y periodistas que allí se desvelaron incontables madrugadas.

Es obvio que si "el país está en guerra", como afirmó hace poco tiempo un ministro del gobierno nacional, la mayoría de los habitantes no se ha enterado y Buenos Aires, misteriosa, elegante casi hasta la

decadencia, sigue siendo la ciudad más refinada y de buen vivir de esta parte del mundo.

Paradójicamente, mientras la mayor parte de los argentinos ama, ríe o baila, otros mueren o matan enarbolando sus ametralladoras como si fueran banderas.

En ca puchados arrancan de sus casas a jóvenes izquierdistas, sin oír súplicas de madres o esposas, para fusilarlos y luego volar sus restos con explosivos. Los guerrilleros no vacilan en disparar contra un inermes oficial del ejército, que cae abrazado a su hija de cua-

(Página 10-A)

La azarosa vida en Buenos Aires

(Viene de la página 1)
tro años, ambos igualmente acribillados.

Parece no haber límite en esta guerra de ideas que hace mucho dejó atrás las palabras para tornarse en una matanza mutua que ya casi no provoca asombros.

En estas frescas noches de otoño, en decenas de lugares los acordeones siguen suspirando tangos escritos en tiempos en que cargar revólver en Buenos Aires "era cosa de cobardes", como gusta recordar Jorge Luis Borges, y ni el ululante paso de los patrulleros que de a ratos corta las notas y quiebra el idilio del "porteño" —habitante de Buenos Aires— con su ciudad.

Solo esa presencia policial deja aflorar la inquietud. Los vehículos con agentes armados hasta los dien-

tes y las barreras que cierran el tránsito frente a las comisarias al caer la noche recuerdan que los policías son los únicos protagonistas visibles de la lucha, que en los últimos tres meses y medio ya les ha cobrado una veintena de muertos.

Los turistas que recorren la elegante Calle Florida parecen sorprendidos de que no silben balas sobre sus cabezas ni haya parapetos de bolsas de arena en las esquinas o avenidas desiertas al anochecer.

"Con las cosas que se leen en el exterior sobre la Argentina, uno se imagina que los tanques están en la calle", comentó una visitante brasileña mientras hacía sus compras en una tienda de moda.

Pero los titulares con olor a pólvora no desaniman

a los visitantes del exterior, según aseguran los conserjes de varios hoteles. "El único cambio es que nos acosan a preguntas sobre la situación. Tal vez esperan poder retratarse junto a un guerrillero", murmuró uno de ellos pidiendo que se reservara su nombre.

La propia presidenta María Estela Martínez de Perón se muestra decidida a no modificar sus hábitos por razones de seguridad. Verla llegar seguida de un séquito de guardaespaldas a cualquiera de los incontables buenos restaurantes locales, dejó de ser sorpresa para los porteños.

No solo el estómago nacional escapa indemne a las angustias existenciales que la prensa descarga cotidianamente sobre los argentinos. Una recorrida nocturna, o aún diurna, permite compro-

bar que el negocio de los hoteles alojamiento (posadas por horas) florece como en una eterna primavera.

Y si los cultores del lunfardo, la jerga porteña, aprovechan la anormal situación para rescatar de sus arcones palabras como "amasijo" (asesinato), los amantes del humor negro muestran haber encontrado en la crónica diaria nuevas savias en qué nutrirse.

Días atrás algunas calles de Buenos Aires aparecieron empapeladas con cartelones que proclamaban con grandes letras "otro amasijo y van...", incitando a leer los párrafos siguientes, en tipografía menuda, que anunciaban al vecindario la apertura de otro local de una cadena de restaurantes bautizada con ese nombre que no por macabro deja de ser actual.